

oppose pas; l'idée de la vie comme valeur en soi et par soi fait pencher l'ensemble de l'édifice ortéguien vers la fidélité à soi-même, en le privant du même coup du bénéfice d'un approfondissement du perspectivisme dans le sens d'une vision du monde plus large, plus consistante et plus exhaustive.

On pourrait dire d'ORTEGA que toute sa vie, toute sa philosophie ont été une *meditatio vitae*. Nous sommes loin de la féconde inquiétude augustinienne. *Fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

CHARLES CASCALÈS

Bône (Algérie)

LOS PROBLEMAS DE LA CIENCIA Y LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA EN "DUQUESNE STUDIES"

LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA SEGÚN VAN MELSEN

Dos obras de Andrew G. VAN MELSEN, publicadas en texto inglés durante los últimos años en los Estados Unidos, nos presentan el concepto y desarrollo de una filosofía de la naturaleza, con esfuerzo lleno de interés y necesitado de comentario y discusión (1). La primera de ellas constituye una historia del concepto de átomo desde Grecia hasta los días actuales, para abrirse, en su parte final, a la problemática que el concepto de filosofía natural plantea. La exposición histórica se cumple con una gran división entre un periodo predominantemente «filosófico» —desde los presocráticos hasta el siglo xvii— y una etapa «científica», que arranca de DALTON para llegar a la física nuclear. Este recorrido tiene un carácter expositivo, sucinto y claro.

Como peculiaridad principal, en la primera sección debemos señalar la insistencia en el papel histórico del concepto de *minima naturalia* (*smallest particles*), sobre el cual VAN

(1) Andrew G. VAN MELSEN, *From atoms to atom* (translated by Henry J. Koren), Duquesne University Press, Pittsburgh, 1952. — *The philosophy of nature*, Duquesne University Pittsburgh, Ed. E. Nauwelaerts, Louvain, Second Edition, 1954.

MELSEN monta una línea de atomismo paralela al democriteo. En ARISTÓTELES brota dicha corriente con cierta timidez, precisa equilibradamente el autor, refiriéndose el concepto en cuestión, ante todo, a los vivientes (pág. 42). Sin embargo, la doctrina irá adquiriendo una importancia progresivamente mucho más grande. Así ocurrirá desde AVERROES, que atiende cuidadosamente a la distinción entre la divisibilidad física y matemática y a la especificidad activa de las sustancias, en directa conexión con esta doctrina. Las aguas recorrerán, así, la Edad Media, llegando a NIFO y SCALÍGERO, con el esfuerzo de síntesis aristotélico-democritea de SENNERT, entrando ya en los creadores de la ciencia moderna, durante el gran período del siglo XVII. En presencia de éstos, subraya VAN MELSEN la separación entre la visión cartesiana y el atomismo democriteo, situando en fuerte medida, en la línea de los *minima naturalia*, el geometrismo explicativo de DESCARTES. Y con paralelismo se mueve la exposición de BOYLE, acentuando, también, su peculiaridad frente a la sistemática de LEUCIPO y DEMÓCRITO.

La etapa puramente científica —iniciada en DALTON para pasar a la física clásica y a la revolución cuántica— es expuesta de un modo breve y preciso. Su presentación se completa por el análisis del «fondo filosófico», subyacente al hecho científico, en tales jornadas, clásica y cuántica. *The philosophic background*, que VAN MELSEN se esfuerza por describir con la filosofía implícita, inconsciente en el alma del científico. Algo claramente distinto de la definición filosófica, reflexiva, por parte del mismo, o de la interpretación tejida por el filósofo (págs. 160, 161 y 187). Entendimiento totalmente en la línea de la hermenéutica meyerssoniana, que es lástima no se explote más intensamente en sus hallazgos tan valiosos, por parte del profesor holandés.

En este sentido, primeramente, se estudia la ideología mecanicista, latente tras las conquistas de la física clásica, recordándose los conocidos testimonios de LAPLACE y de Lord KELVIN. Mas en la actual crisis se cuartejan los pilares de esta visión, la individualidad atómica, la inmutabilidad, el determinismo con su posibilidad de predicciones exactas. ¿Cuál será entonces el nuevo «fundamento»? VAN MELSEN confiesa que, al discutir la presente situación, resulta mucho más fácil señalar negativamente los elementos caducados del *background* clásico que los positivos del nuevo. Surge espontánea-

mente la renuncia a toda visión ontológica que el positivismo sistematiza. Y la discusión de tal punto de vista se hace inevitable.

Básicamente —aparte de objeciones demasiado rápidas, como la de que el positivismo sigue siendo una filosofía o bien que resulta demasiado antinatural y complejo— esta discusión nos lleva a la última parte, en que se plantea el concepto de filosofía natural. En ella —no sin librarse de cierto tono apologético que llena algo perjudicialmente toda la obra de VAN MELSEN— se procura mostrar el derecho existencial y la inevitabilidad de la Filosofía. También el posible valor, en ese dominio teórico, de las tesis de épocas pretéritas no meramente «estimulantes» —como pueden serlo en el dominio científico—, sino posiblemente verdaderas.

El profesor holandés insiste en la insuficiencia de la tarea física-positiva, lo que él llama *the lack of realization in Physics*.

«Ciertos aspectos de la realidad son marginados por la ciencia natural, no sólo como asunto de hecho..., sino como cuestión de principio. La ciencia natural se limita a la creación de conexiones inteligibles entre ciertos hechos, que pueden ser verificados por los sentidos» (pág. 215). El campo de la filosofía natural queda abierto.

Y es así como nos encontramos ante la segunda obra objeto de nuestro comentario, *The philosophy of nature*, de VAN MELSEN, dispuesta a responder ante el nuevo tribunal. El libro concede amplia atención a la parte método-epistemológica, de modo que, naturalmente, se subdivide en dos secciones. En la primera de las cuales se procura establecer cuidadosamente el concepto de filosofía natural, incluyendo la consideración histórica del surgimiento y trayectoria de la cosmología aristotélica, para pasar en la segunda al trabajo de los grandes temas filosófico-naturales, la esencia del ser material, cantidad, cualidad, actividad.

La obra, en conjunto, constituye un poderoso alegato a favor de la filosofía natural aristotélica, cuya vigencia se defiende de cara al estado de la ciencia actual, que es expuesta —cuando su presencia surge— con gran claridad y precisión. Naturalmente que la realización de tal alegato exige una perfecta coherencia entre la concepción epistemológica de la filosofía natural y su desarrollo concreto. La obra de VAN MELSEN cumple de un modo muy peculiar esta exigencia y precisa-

mente —llevando al terreno metafísico la filosofía de la naturaleza— en términos que, como veremos, deben constituir la clave de toda discusión sobre las ideas de nuestro autor.

Primeramente vamos a afrontar las tesis, bien delineadas, del profesor holandés en el orden epistemológico. La filosofía natural constituye una construcción propia, a diferencia de concepciones que las supeditan a la ciencia, como mera síntesis, fundamento o estudio metodológico de ésta. Construcción asentada sobre un suelo genuino, la experiencia primaria, *the primary experience*, que no ha de ser confundida, a pesar de la resbaladiza facilidad de equívoco, con la «experiencia primitiva». En este sentido, la filosofía de la naturaleza se interesa por la ciencia, mas no en razón de la mismidad científica, sino en cuanto ésta implica una elaboración peculiar de la «experiencia primaria», subyacente al edificio científico, que a través de sí nos instruye sobre tal basamento.

La separación de la ciencia se hace incisiva cuando la filosofía natural es resueltamente situada en el tercer grado de abstracción, mientras el primero y el segundo son dejados como dominios científicos. Aquí VAN MELSEN adopta, dentro del campo de la escolástica, una actitud valientemente aristada, divergente de la de MARITAIN (primer grado) o del apuntamiento de una «ciencia intermediaria» (entre el primer y tercer grado) en SELVAGGI y, más tenuemente, en HOENEN, maestro de VAN MELSEN. La justificación de esta postura, que aspira a permanecer fiel a la más estricta ortodoxia tomista, es abordada cuidadosamente por el autor, basándose en el modo de resolver conceptual sobre lo empírico o lo meramente intelectual (págs. 90 a 103).

Establecida esta autonomía plena de la filosofía natural frente a la ciencia, queda, en principio, posibilitado el sostenimiento de las grandes tesis aristotélico-tomistas anteriores al surgimiento del hecho científico natural. Así se pasa al estudio de los fundamentales temas cosmológicos, atacando, en primer lugar, la esencia del ser material. VAN MELSEN realiza una interesante exposición del hilemorfismo con un planteamiento bastante propio, quizá aun más alejadamente propio de lo que el autor piensa. Este sistema conceptual es derivado de la «estructura especie-individuo», de reconocimiento más impositivo en la imagen real que nos rodea, frente a la mayor discutibilidad del «cambio sustancial». Al plantearse el concepto de sustancia, VAN MELSEN afirma su analogía; no es

unívoca tal idea referida al hombre y a la naturaleza. Y aun se establece un amplio margen de relatividad en los conceptos de individuo y en la contraposición artefacto-sustancia natural.

Ahora bien, en este planteamiento del hilemorfismo —movido por evidente impulso de claridad e indiscutibilidad— la clásica teoría resulta intensamente difuminada en sus perfiles. Perfiles que pretenden dominar como cánones inevitables la conceptualización de lo material, salvando las divergencias de la física aristotélica y la moderna. Las consideraciones amorruibalistas sobre la variedad de los modos conceptuales del hilemorfismo se nos vienen a las mentes. ¿Sigue siendo esta forma de pensamiento el hilemorfismo aristotélico? ¿Responde a las mismas intenciones? ¿O constituye sólo un patrón mucho más genérico para pensar la realidad física, que la tarea estrictamente cosmológica debería aún recortar, más precisamente, en sus contornos? Porque la existencia de un esquema generalísimo, materia-forma, es obvia, mas ella podría aplicarse a sistemas cosmológicos bastante distintos del peripatético, por ejemplo, en nuestros días, en fuerte medida, al de WHITEHEAD.

La tendencia de VAN MELSEN a llevar las aguas hacia un dominio metafísico de conceptos demasiado generales para lo cosmológico, rehuendo la tarea más propia de la filosofía natural, se nos hace tangiblemente presente con sus limitaciones.

Seguidamente, se aborda el estudio de la cantidad y cualidad, subrayando la real integración de ambas categorías. La situación moderna ha planteado problemas peculiares al tema de la cantidad. Así, la definición misma de la matemática, que tiende a rehuir hoy su presentación como ciencia de lo cuantitativo en los términos clásicos; así, la nueva luz arrojada sobre nuestras ideas espacio-temporales por la teoría de la relatividad. El estudio de ambos órdenes problemáticos es cuidadoso y detenido. Resulta muy clara la exposición y discusión de la relatividad. Congruentemente con su tendencia general, el autor mantiene los puntos de vista más clásicos, el entendimiento de la matemática como ciencia de la cantidad, y la escasa relevancia, desde el punto de vista conceptual filosófico, de las ideas relativistas.

El mayor interés del capítulo dedicado a la cualidad se halla en la discusión sobre la «reductibilidad» explicativa de

lo complejo a lo simple. Aparece aquí el problema planteado al hilemorfismo por el proceder iluminativo de la ciencia moderna, asentado en la explicación del compuesto desde las propiedades de los componentes, conservados en el mismo —según el mecanismo— de un modo enteramente actual. Para el hilemorfismo —se ha afirmado reiteradamente— la forma sustancial nueva anula las de los elementos integrantes, dándonos la única posibilidad comprensiva desde su esencia propia, lo cual representa un bloqueo del carril explicativo sobre el cual se ha deslizado la ciencia moderna. Sin embargo, para VAN MELSEN, en el espíritu del aristotelismo vive —aunque en términos cualitativos— la misma intención esclarecedora de lo complejo a partir de lo simple integrante. Con ello el hilemorfismo es presentado a una luz conciliable con el espíritu de la ciencia moderna.

La consideración de la actividad material se centra en el problema del determinismo, especialmente de su relación con la libertad humana. Los equívocos, según los cuales la ciencia clásica pugnaba con la libertad, mientras la indeterminación cuántica reintroduciría la posibilidad de ésta, son amplia —y justamente— atacados. La inclinación de VAN MELSEN a desconectar los resultados de la ciencia y la problemática filosófica, autosuficiente, facilita esta tarea. Por otra parte, se esfuerza por frenar las interpretaciones demasiado revolucionarias de la nueva situación, afirmando, inclusive, que las actuales leyes de probabilidad presuponen el determinismo (págs. 232, 233).

Los problemas suscitados por el nuevo sistema de conceptos, con su repercusión sobre la misma idea del orden de la naturaleza y su significado, concebido como resultado de una distribución de probabilidades —aunque desde puntos de vista últimos antitéticos— por VON MISES o por BAVINK, quedan sólo ligeramente rozados. Muy interesante, sin embargo, resulta el análisis de la libertad desde el concepto de autodeterminación, derivado de la autoposesión del ser antropológico.

El epílogo nos conecta otra vez con la problemática fundamental que subyace definitivamente a la aportación de VAN MELSEN; su planteamiento de la filosofía natural como saber metafísico, autosustantivo, frente a los resultados de la ciencia natural. En el cual ciencia y filosofía natural resultan escindidas; especialmente y explícitamente en lo que se refiere a la eficacia filosófica de la primera..., «las llamadas consecuen-

cias filosóficas de la ciencia no existen», nos dice el autor (pág. 225). Pero tal concepción entendemos deja una amplia laguna en las necesidades del conocimiento humano, que éste de uno o de otro modo se esforzará por llenar. En varios momentos el reconocimiento de este hecho no se escapa a VAN MELSEN. Las últimas frases de su libro reconocen, aunque tratan de consagrar como inevitable, semejante limitación de su área cognoscitiva. El tono de humilde confesión con que esta limitación es afirmada, resuena en estridente contrapunto con el perfectismo dogmático, con el cual los resultados de esa filosofía natural metafísica —asentada sobre una indiscutible experiencia primaria, totalmente armada para el conocimiento humano— son presentados. Resultados sustraídos a la mordedura de lo temporal, mas también a la variedad de horizontes conceptuales y ontológicos que el progreso del hecho científico va ganando.

¿Qué supone el *philosophic background* de esa ciencia de que, repetidamente, VAN MELSEN nos habla, sino este constante diálogo con los resultados científicos? Un funcionamiento en el que, mediante la dialéctica de experiencia y teoría, además de fundamentar, tal basamento recibe, reorganizándose, el peso del edificio sobre él levantado, en estado de perenne dinamicidad.

Hace unos años escribíamos —y perdónese el que en esta crítica nos citemos a nosotros mismos—: «no puede la filosofía de la naturaleza proceder como si se tratase de la metafísica, para cuyo abstractísimo estudio, ciertamente, en general bastan los datos más simples de la experiencia interna o externa. Fácilmente, una filosofía natural, concebida al modo de la metafísica, se convierte en una pseudometafísica, pura especulación quimérica acerca de una realidad simplificada grotescamente, la cual cree, no obstante, reflejar; ajena a la riqueza y complejidad de la verdadera filosofía natural, tornándose, en tal caso, en un singular engendro, pieza inútil del mecanismo filosófico» (2). No pretendemos, ciertamente, referir estas frases, excesivamente duras, a la obra que comentamos, tachando de inútil una aportación tan meritoria como la de VAN MELSEN. Pero si la calificaríamos, dentro de la mayor estima, de insuficiente para responder plenariamente a la filosofía natural que el horizonte de nuestros días necesita.

(2) C. PARÍS, *Física y Filosofía*, Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1952, pág. 332.

Entre las fáciles consagraciones acriticas de los resultados científicos —al modo de EDDINGTON, J. JAMES o del mismo BACHELARD en su orden— y las reafirmaciones metafísicas de la filosofía natural clásica, hay campo para formas de pensamiento que conecten los supuestos, más sólidos e inmutables del saber metafísico, con el estado histórico de la ciencia actual. Estado grávido, sí, de consecuencias filosóficas, aunque éstas sean más ásperas de leer de lo que pretenden las rápidas síntesis cosmológicas. Y nuestro mejor deseo sería que mentes tan bien preparadas en información y rigor como las de VAN MELSEN, aborden en estos términos la problemática que aguarda.

FILOSOFÍA Y CIENCIA EN VAN LAER

«Duquesne Studies» nos ofrece, también, dos obras de VAN LAER, en las cuales es encarado el hecho científico. En una de ellas como acontecimiento noético, en otra como una gama de cuestiones concretas que se plantean a la meditación filosófica por el estado de la ciencia actual (1). *The philosophy of science* constituye, estrictamente, una epistemología —ya que el alcance del término «filosofía de la ciencia» es, en realidad, más amplio—, un tratado sobre el conocimiento científico. Su desarrollo se desenvuelve en términos absolutamente clásicos, hasta el punto de que la peculiaridad noética de la ciencia positiva como tal —que el aristotelismo no llegó a alcanzar— queda insuficientemente elaborada. «Ciencia es un sistema, ordenado lógicamente, de verdades —al menos probables— y proposiciones universales, concernientes a las esencias, fundamentos, causas y finalidad de los objetos constitutivos de un campo definido del conocimiento; con referencia a las investigaciones, argumentos y demostraciones sobre las cuales las conclusiones son basadas» (pág. 14). Así es definida, descriptivamente, la ciencia. Obsérvese el carácter ontológico (verdades, esencias, causas, finalidad), demasiado discutible en el nivel positivo del hecho científico, con el cual el concepto de ciencia es presentado. De este modo, la reflexión se mueve

(1) Henry VAN LAER (in collaboration with Henry J. KOREN), *The philosophy of science*, Duquesne University Pittsburgh, Ed. Nauwelaerts, Louvain, 1956.

Philosophico-scientific problems (translated by Henry J. KOREN), Duquesne University Press, Pittsburgh, 1953.

en términos muy generales, entendiendo por ciencia la sistematización rigurosa del conocimiento, y comprendiendo éste en términos metafísico-realistas. Resultando, así, bajo esta presentación, alcanzado más propiamente el saber filosófico que el genuinamente positivo.

Desde esta primera aproximación descriptiva se avanza hacia la aclaración de los elementos que juegan en tal organismo noético. En primer lugar, la índole misma de sus piezas, los elementos conceptuales basados en la abstracción. Así, el hecho abstractivo es estudiado con la exposición de la doctrina clásica de los grados de abstracción y, sucintamente, de los conceptos de abstracción «formal» y «total».

El rango necesario con el cual las proposiciones científicas se presentan o aspiran a presentarse, da lugar a la penetración en los tipos de necesidad, metafísica, matemática o hipotético-formal, física y moral. Pasando, seguidamente, a exponer el concepto de objeto epistemológico, natural y formal, *quod y quo*.

Al llegar al estudio de los métodos científicos, penetramos en una de las partes del libro elaboradas con mayor detenimiento. Se procede a aclarar los conceptos de análisis y de síntesis, de inducción y de deducción. Todo ello dentro de términos noéticos muy generales y fieles al *Organon* aristotélico. Así, el método deductivo esboza la teoría del silogismo categórico, contraponiéndolo a las formas de deducción impropia, para subrayar, frente a STUART MILL, el auténtico valor de fuente cognoscitiva que la deducción silogística entraña. Mas no se entra en la problemática suscitada por la moderna teoría de la deducción y su formalización axiomática. La inducción es considerada, por su parte, en las formas completa —propia y analógica— e incompleta. Un capítulo se dedica a la inducción incompleta, objeto de anteriores estudios por parte del autor. Su fundamentación se realiza sobre los supuestos de la noética realista y abstractiva clásica, desde los cuales la validez del proceso inductivo se aclara fácil y luminosamente. «El principio de regularidad del acontecer natural», la «estructura especie-individuo», son presentados y explotados en este sentido. Criticando, finalmente, las posiciones empirista, conceptualista y ocasionalista, incluida ésta aquí también por el autor para mostrar su insuficiencia. Aun se vindica el conocimiento de la inducción dentro de la línea

clásica, ante el intento de presentarla como descubrimiento baconiano.

En la reflexión sobre el método científico, tropezamos con las entidades noéticas denominadas «teoría e hipótesis». VAN LAER aborda su estudio para enfrentar tanto su concepto y tipos —en las ciencias ideales y experimentales— como su formulación, verificación y valor. En el estudio de la estructura de las teorías echamos de menos, nuevamente, la consideración de lo que es un sistema deductivo formal, según la lógica moderna. Por otra parte, la distinción, en que el autor insiste, entre hipótesis o teorías meramente provisionales y estables o definitivas, no parece muy sólidamente mantenible dentro del dinamismo de la ciencia. Convendría, en todo caso, reservar el concepto y término de *hipótesis* para los momentos más provisionales, de intención más funcional e impulsora que propiamente noética o veritativa, y el de *teorías* para los que responden a esta segunda posición. Aunque la mayoría de las veces la contraposición sea más bien una idealización esquemática que una polaridad de clara aplicación.

El autor mantiene la posibilidad y la necesidad de las teorías de tipo realista —junto a las que llama fenomenológicas o descriptivas— en el seno de la ciencia. Tesis que personalmente nos place encontrar defendida, al modo de la escuela de HOENEN y del realismo científico, frente a los propugnadores de la interpretación positivista; ya positivistas puros, ya positivistas epistemológicos, mantenedores de la separación de la ciencia de la filosofía natural, al modo de DUEN, RENNOIRTE, MARITAIN, AMERIO y numerosos escolásticos actuales. Sin embargo, creemos que en un tratado de epistemología hubiera convenido una más detenida discusión de la polémica positivismo-realismo. Tras el planteamiento del concepto de teoría, el estudio de la demostración cierra la obra.

En las precedentes líneas hemos ido formulando algunas objeciones. Todas ellas responden al clima dentro del cual el concepto de ciencia vive en la obra de VAN LAER y que apuntamos desde el primer momento. Es una visión fiel al entendimiento aristotélico, moldeado en realidad sobre un concepto del saber más propio de la ontología que del hecho estrictamente positivo. Como decíamos, la peculiaridad de éste no es resueltamente abordada. En este sentido se echa de menos, muy directamente, el estudio del concepto de ley, clave de la peculiaridad científica. Y en inmediata conexión con tal con-

cepto, el abordaje de los modos de abstracción científica, no idénticos a los filosóficos y vulgares, cuya peculiaridad, aun dentro de la escolástica, autores como VANNI ROVIGHI o CONINCK han defendido. Sin embargo, debemos hacer constar que esta publicación es presentada sólo como un primer volumen, primera parte de la obra completa. En consecuencia, es de esperar que esta problemática referente a la ciencia positiva, especialmente la natural, sea abordada en la continuación. Dentro de los límites señalados, la obra, por su claridad y método, cumple, ciertamente, una labor muy eficaz.

Más detenidamente entra, por supuesto, en la problemática planteada por la ciencia positiva, la otra obra de VAN LAER, *Philosophico-scientific problems*, reunión de variados trabajos. La profesión de tomismo por parte del autor es realizada en el primero de ellos, «El valor de la filosofía tomista en el estudio de la ciencia física». Aunque el título sugiere una mera apologética de la perennidad tomista, el desarrollo del tema ofrece el mayor interés, convirtiéndose este estudio en uno de los más jugosos de la obra, y señalándose las posiciones generales que en otros serán explotadas. La gnoseología tomista es presentada en términos muy afines a la visión del «realismo crítico», subrayando las limitaciones de nuestra representación «análoga» de la realidad y defendiendo la existencia de teorías ontológicas en el seno de la ciencia positiva, como acabamos de ver en la anterior obra. Esta presentación del tomismo, en las perspectivas del realismo crítico o de la metafísica inductiva, lo hace fácilmente conectable con esta corriente ampliamente extendida en la filosofía de la ciencia.

La necesidad de adoptar una postura de criticismo ante los resultados de la ciencia, es señalada ya en este primer trabajo. Después será desarrollada en sucesivos capítulos. Así, en el inmediatamente siguiente, con respecto al equívoco empleo de los términos de «desmaterialización» o «inmaterial» en el interior del conocimiento físico, al mismo tiempo que se indica la fundamentación de la extensión, como criterio de lo material, en la composición hilemórfica.

Enteramente en esta intención precisiva se sitúa el trabajo sobre el determinismo, cuya finalidad es mostrar la diferenciación —que ya se ha señalado en repetidas ocasiones— entre conceptos situados en escalones sucesivos y manejados confusamente en la sedicente crisis de la causalidad. En primer lugar, se considera el concepto de causalidad en su dimensión

ontológica, para pasar a través de la idea de causalidad «necesaria» al determinismo y, ulteriormente, con la adición del conocimiento de los elementos que juegan en el proceso, al de previsibilidad, cuando este conocimiento, suficiente, permite formular predicciones. De esta manera, el inferir de la crisis de la previsibilidad la de la causalidad, supone —nos recuerda VAN LAER— notoria falta de lógica.

La parte positiva que pueda latir bajo las nuevas perspectivas —al menos en cuanto a autodefinición de la física, con su repertorio de secuencias lógicas— no es atendida en este artículo, cuya mira es servir a un esfuerzo de contención de fáciles desbordamientos conceptuales.

En el mismo orden de precisión ideológica se emplaza el artículo «Causalismo y finalismo con respecto a la ciencia física», que quizá hubiera podido titularse mejor «Con respecto al mundo físico», pues la consideración epistemológica resulta excesivamente leve. Se subraya, con acierto, la no oposición entre determinismo y formalismo, apuntando aspectos que aun se hubiera podido detallar más en su conexión con el saber físico.

A problemas plenamente epistemológicos responden los artículos sobre el principio de verificación y sobre matemáticas y ciencias. De ellos, mucho más interesante el primero, ya que el segundo se queda en una serie de anotaciones formales sobre rasgos, muy externos y llamativos, de diferenciación entre el conocimiento matemático y el científico natural. Por desgracia, no se penetra en el problema del mayor interés, el porqué de la estructura matemática de la ciencia moderna y el alcance —realista, análogo, convencional o pragmático— de tal estructura en la misión cognoscitiva de la ciencia.

La exposición del principio de verificabilidad, en cambio, es llevada con gran rigor metódico y claridad, señalándose la génesis y evolución del movimiento positivista y el emplazamiento del principio de verificabilidad —con sus diferentes matices— en el seno de su sistemática doctrinal. La crítica ulterior es conducida equilibradamente, mostrando tanto las deficiencias lógicas, en el interior del edificio positivista, como su insuficiencia ante el conocer positivo y metafísico.

El trabajo más extenso —y elaborado— es el que se refiere al problema de la «acción a distancia». Después de un minucioso planteamiento, analizando los conceptos filosóficos de acción y pasión y las doctrinas propugnadoras del concepto

en cuestión, se pasa a su crítica. El autor va examinando las series de argumentos contra la acción a distancia, concluyendo que de los aprioristas sólo pueden tener validez aquéllos que se basan en la «relación de dependencia» entre paciente y agente. El intento de establecer su imposibilidad sobre el análisis del concepto de acción, naufraga, en cuanto nuestra penetración en tal idea es totalmente insuficiente. A posteriori encontramos, según VAN LAER, una inexistencia de la acción a distancia, congruente con las posiciones ganadas, parcialmente, a priori. Así, el autor examina y discute los diferentes procesos físicos y químicos, negando la interpretación de ellos, en la gravitación o la inducción —los casos más difíciles— como acciones a distancia.

El artículo aspira a ser fielmente tomista. Pero hay un problema primordial subyacente a toda la discusión: es la interpretación del concepto de entidad física y su localización, que el autor apunta en los primeros momentos, refiriéndolo a la controversia tomismo-suarismo, mas no elucida con respecto a las últimas posiciones físicas. Hoy las categorías de «totalidad» y de «relación» se han impuesto en el pensamiento físico. Aparece una estela de preguntas inevitables: ¿podemos seguir pensando en términos tan localistas la entidad física? ¿la idea de campo ha de ser materializada en los términos en que VAN LAER la presenta? ¿no se define más bien la entidad física como posición en un todo de relaciones, que no son de mera proximidad y contacto espacial?

En el fondo de la controversia histórica sobre la acción a distancia, se da una reducción conceptual, limitadora de la idea de presencia física, muy típica del mecanismo y a la cual las ideas de sustancia y lugar en el tomismo tampoco se sus traen, aunque se levanten algo más por la comunidad cósmica que el hilemorfismo establece. Mas la idea física de campo se yergue con muy nuevas posibilidades, desde las cuales las ideas de totalidad y de presencia física, como emplazamiento en un sistema de relaciones totales, se derivan. La discusión de estos aspectos representa presupuesto imprescindible para la aclaración actual de la clásica polémica.

Considerando en conjunto la aportación de VAN LAER, apreciamos su mérito, por claridad, método y prudencia conceptual. Mas este sentido de prudencia llega a frenar la penetración más honda en las nuevas perspectivas, la captación de la ciencia como hecho positivo fundamentalmente inédito,

la calibración del valor de descubrimiento conceptual que en varias de las actuales conquistas científicas se da y la filosofía ha de saber aprovechar en sus repercusiones últimas. Esperemos que en la continuación de su tarea, esta obra, conservando las primeras cualidades, no deje de dar tal paso en la aventura creadora.

CARLOS PARÍS

Universidad de Santiago de Compostela

LA FILOSOFIA INDIA CONTEMPORANEA

La primera edición de *Contemporary Indian Philosophy*, hecha en 1936 por la «Muirhead Library of Philosophy», puso de manifiesto un hecho histórico de importancia para la Filosofía: la aparición de una escuela de filosofía india. Una nueva edición ampliada de este libro, impresa en 1952, y la ininterrumpida sucesión de publicaciones dedicadas al pensamiento de la India, que van engrosando la bibliografía sobre este tema, ponen en evidencia la pujanza de los pensadores indios y su irrupción decidida en el campo de los estudios filosóficos. En 1950 se celebraron en Calcuta las bodas de plata del «Indian Philosophical Congress» y este acontecimiento contribuyó a perfilar con claridad el carácter y corrientes de la filosofía india. En esta nota pretendemos subrayar los aspectos más importantes de la filosofía india contemporánea.

I. *Origen de la filosofía india contemporánea*

El pensamiento filosófico de la India actual forma parte del fenómeno general renacentista operado en el país a partir de finales del siglo XIX, que ha culminado en la independencia de la Unión India en 1948. Este renacimiento político y cultural se ha desarrollado en tres fases peculiares y aparentes en la historia india de las dos últimas centurias. Primero se inició un gran entusiasmo por todo lo occidental, que puso en contacto con el pensamiento y cultura occidentales a los más inquietos y destacados pensadores indios. Las relaciones cul-